

Ciudad y mortalidad infantil

Alejandro Díaz García

Resumen *Abstract*

El presente trabajo pretende hacer un breve recuento histórico del origen y evolución de la ciudad asociada con la mortalidad infantil observada desde dos vertientes la urbana y la demográfica.

The present work seeks to give a brief historical account of the origin and evolution of the city, associated with infant mortality observed from the urban and the demographic perspectives.

Palabras clave: *Key words*

Ciudad, mortalidad infantil, estructura urbana, sanidad.

City, infant mortality, urban structure, health.

1. La mortalidad infantil desde el origen y evolución de la ciudad

En este apartado examinaremos los factores que inciden en el surgimiento de las primeras civilizaciones urbanas: Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma y las urbes Medievales, así como el comportamiento de la mortalidad infantil referente a cada una de ellas vinculadas a su vez con la infraestructura urbana y la sanidad pública.

1.1. Factores que inciden en el origen de la ciudad

Si la historia inicia con el origen del hombre, entonces igualmente comienza el principio de la alteración espacial, constituyéndose en el área traducida de producción y satisfacción de las necesidades básicas del hombre nómada.

Los constantes viajes del hombre primitivo caracterizan su estado primario, determinadamente supeditado a la caza, pesca y recolección de las bondades de la madre tierra. A este atributo mencionado se le reconocería como una etapa anterior al nacimiento de los primeros asentamientos humanos, se denominarían sociedades o comunidades primitivas populares determinada por la asociación de pequeños grupos, los cuales son autogobiernos y no tienen división de clases ni de trabajo. Concretamente dichas sociedades primitivas se distinguen por su bajo o nulo desarrolló tecnológico por el desconocimiento de la escritura (Lezama, 1993: 38). Aunado al hecho de que la mortalidad en estas agrupaciones humanas es sumamente, alta repercutiendo gravemente en el promedio de vida al nacer. En general la población del paleolítico se encontraba subyugada a las condiciones naturales y al proceso de salud enfermedad definido como un continuo que se manifiesta simultáneamente como la unidad de dos contrarios, en el sentido que un aspecto o elemento que no puede existir sin el otro. (Coplamar, 1983:19)

Llegar a la edad adulta era poco frecuente y éstos se exponían a grandes riesgos durante la búsqueda por alimentos y otros bienes de subsistencia (Coplamar, 1983: 20). La sola presencia de alguna enfermedad durante el periodo paleolítico hacia inevitablemente la existencia de una alta tasa de mortalidad en las distintas congregaciones humanas. La población más afectada era la de los infantes en razón de que son los más propensos a morir, en condiciones en donde se facilitan la aparición y permanencia de enfermedades

(Behm y Primate, 1983: 31). Por ejemplo era común durante el paleolítico que la carencia de una nutrición adecuada causara que el organismo no tenga los suficientes elementos que le permita resistir a las enfermedades ocasionando la muerte. Por ello la población desnutrida de estas primitivas formas de organización estaba expuesta a un mayor riesgo de enfermedad y morir por enfermedades infecto-contagiosa. Tomando en consideración que el problema nutricional se inicia en los individuos desde el momento de su concepción y adquiere mayor importancia durante el embarazo y en los dos primeros años, perdurando su efecto desfavorable a lo largo de toda su vida.

La desnutrición es resultado de una injusta distribución del ingreso que mantiene a unos grupos de la población en posibilidades para vivir, (Coplamar, 1983: 28) siendo los miembros más vulnerables a dicho atributo los infantes. Además de la nutrición, los infantes requieren de los cuidados y estímulos que reciben en sus primeros años de su contacto con los agentes infecciosos y del acceso a servicios de salud preventivos y curativos. Estos factores resultan en gran medida de las condiciones socioeconómicas, en el ámbito educativo y la cultura del entorno inmediato características que no existieron en esta época.

Queda claro que no existían en las primeras comunidades primitivas medidas sanitarias o los conocimientos necesarios que pudieran contrarrestar las enfermedades -producto de las condiciones naturales que rodeaban al hombre- causantes de las muertes infantiles en mayor grado.

Aunque efectivamente existía un incremento en la mortalidad en general -que repercutía gravemente en la estructura por edades para las comunidades primitivas-, la misma naturaleza se encargaba de equilibrar las condiciones ambientales concernientes a la especie humana sobre la base de una fecundidad alta que contrarrestaba la mortalidad. De esta forma sobrepasó la fecundidad a la mortalidad y como consecuencia de ello se incrementaron las poblaciones y crecieron los primeros núcleos urbanos.

La aparición de las primeras ciudades en la sociedad humana se remonta a más de 3,500 años antes de nuestra era y aunque varias de ellas han desaparecido por completo, la vida urbana no ha dejado de existir, los cambios sociales, económicos y culturales de una sociedad determinada (Munford, 1966: 11).

El hombre al dejar de ser nómada y transformarse en un hombre sedentario sobre la base del descubrimiento de la agricultura y la domesticación de animales, edifica los primeros asentamientos

humanos. El primero de estos asentamientos es la aldea precursora de la ciudad, que son el resultado de esa tensión de la que participa toda la vida animal; básicamente es la necesidad que surge de la necesidad del movimiento y la del asentamiento, es decir emana como la expresión de la necesidad de protegerse de la naturaleza hostil, un mundo todavía no dominado por el hombre (Munford, 1966: 11).

La agricultura permitió a las sociedades primitivas crear un excedente de alimentos determinado por el cultivo selectivo de granos (de cosechas copiosas, ricos en energías biológicas y susceptibles de un prolongado almacenamiento) y también con frecuencia, motivado por la práctica de la labranza con animales. Por lo tanto, el excedente de alimentos origina la especialización del trabajo y suscita la estructura de clases necesaria para que aparezca una élite dirigente que se encargué de ejercer su autoridad sobre la sociedad y encauzar la fuerza de trabajo hacia el desarrollo y conservación de sistemas de irrigación extensiva; sistemas que a su vez, posibilitan el aumento de los alimentos. De tal forma este tipo de aparato social también fue capaz de organizar la fuerza de trabajo necesaria para la construcción en gran escala de edificios públicos, de murallas de defensas de la ciudad incorporado a la existencia de un medio ambiente geográfico que permitiera facilitar a los campesinos no solamente el suelo fértil, sino también el abastecimiento de agua adecuada a las necesidades del campo y del consumo urbano. Tales condiciones se dan en las zonas templadas en donde efectivamente nacen las primeras civilizaciones del mundo (Lezama, 1993: 42).

Básicamente el origen de las ciudades como el de las aldeas sólo es posible a partir del momento en el que se desarrolla la capacidad para producir un excedente de alimentos, a través de la domesticación de animales y de la agricultura, que elimino la dependencia del hombre de las contingencias de la naturaleza y del azar. Esto es, actividades que una vez establecidas requirieron de arraigo territorial de los hombres. De tal forma la ciudad se ve asociada con la sustitución de la agricultura por la industria y el comercio, como el reemplazo de las relaciones sociales de carácter primario por las de carácter secundario (Lezama, 1993: 42-46).

Al establecerse la ciudad como una comunidad de considerable magnitud y de elevada densidad de población, que alberga en su seno, una gran variedad de trabajadores especializados, no agrícolas amén de una elite cultural, intelectual (Bassols y otros, 1988: 13) que se erige como la controladora de la comunidad preurbana, con ello se permite que la ciudad aparezca caracterizada por instituciones, valores y actitudes en las cuales se impone particular-

mente una tendencia asociada a una racionalización y una idea de progreso vinculada a esta última (Lezama, 1993: 32). Además determinada por sus coordenadas geográficas que la definen en relación con cierto número de criterios descriptivos que, al diferenciarla de la aldea, la incluye en categorías sistemáticas o regionales e introducen el estudio de sus actividades (George, 1974: 78). De tal forma las ciudades se convinieron en un lugar geográfico donde se instala la superestructura político-administrativa de una sociedad que ha llegado a tal grado de desarrollo técnico y social (natural y cultural) que ha hecho posible la diferenciación del producto entre reproducción simple y ampliada de la fuerza de trabajo y por tanto, originado un sistema de repartición que supone la existencia de (Castells; 1983: 19):

- Un sistema de clases sociales;
- Un sistema político que asegure a la vez el funcionamiento del conjunto social y la dominación de una clase;
- Un sistema institucional de inversión, en particular y;
- Un sistema de intercambio con el exterior.

Por lo tanto las ciudades son la forma de residencia adoptada por aquellos miembros de la sociedad cuya permanencia directa sobre el lugar de cultivo no era necesaria. Es decir, que estas ciudades no podían existir más que sobre la base del excedente producido por el trabajo de la tierra. Son los centros a la vez religiosos, administrativos, políticos y representan la expresión espacial de una complejidad social determinada por el proceso de apropiación y reinversión del excedente de trabajo (Castells, 1983: 18).

Establecidas las primeras civilizaciones del mundo antiguo: Mesopotamia, Egipto, Grecia, Fenicia, Persia se da la concreción de las distintas clases de ciudades como el ejemplo de las acrópolis griegas. En términos generales las ciudades crecieron sin orden ni concierto, no existiendo claramente una estructura urbana; aunque efectivamente estos tipos de ciudades quedan inscritas como centros de magníficas civilizaciones, han sido el foco de innovaciones cultura y de invención. La diversidad e intensidad de los contactos humanos, la mezcla de los distintos pueblos y la ruptura de los vínculos ancestrales con la tierra, han provocado transformaciones sociales y acelerando la pérdida de valores y de costumbres y tradicionales (Polesse, 1998: 115).

Paulatinamente con el refuerzo de la ciudad se suceden algunos aumentos sostenidos de la producción agrícola, acompañados por un mejoramiento mínimo de las condiciones sanitarias atributo

que bastó para desencadenar un movimiento de urbanización. En lo social, la urbanización es un factor de transformación de comportamientos y de percepciones. Es un factor quizás indispensable para la reducción de la natalidad. Sin ella, el planeta sufrirá probablemente presiones demográficas aún mayores. En otros impactos positivos, aludiremos la circulación más eficaz de información, la posibilidad de realizar economías de escala en materia de salud y educación, y la aceleración de la innovación tecnológica (Polesse, 1998: 115-116).

1.2 La ciudad mesopotámica

Es precisamente en esta tierra acunada por los ríos, donde el hombre llegó a civilizarse por primera vez. Aquí, hace unos 5,000 años, el pueblo sumerio creó la primera civilización (verdadera) del mundo. Fue Mesopotamia a la que vio erigirse los primeros centros urbanos del hombre, con su riqueza compleja y variada, donde la lealtad política dejó de partir de la tribu o el clan sino de la comunidad en general; donde soberbios zigurats, o torres escalonadas se elevaban, donde el arte y el ingenio técnico, la especialización industrial, bastante (adelantada) para (lo precario) de su época y la iniciativa comercial, hallaron, campos donde crecer y entenderse. Pueblo precursor de la escritura cuneiforme, estudiosos del cielo nocturno y sus resplandores; empleo el arco y los primeros vehículos de ruedas.

La creación y transformación de las aldeas primitivas mesopotámicas a ciudades se concibió en un lento proceso evolutivo en donde con alimentos abundantes; aseguradas las familias aumentaron sus miembros. Cuantos más hijos había para ayudar al campo, mayor era la superficie que podían cultivar, y un caserío que originalmente estaba integrado por varias cabañas endebles de adobe y carrizos fue creciendo hasta transformarse en una aldea de casa de adobe con varias habitaciones cada una. Lo que había comenzado como una empresa familiar evolucionaba en una pequeña comunidad donde el afecto al lugar llegó a ser incentivo en toda actividad de importancia. Este cambio de lealtad de la familia al grupo constituyó un ajuste social sin el cual hubiese sido imposible el nacimiento de la ciudad.

Otro factor que robusteció la unidad de la aldea primitiva fue el templo y su servicio, se creó una fe perdurable en una deidad especial como protectora de su poblado y con la construcción de sus primeras casas también erigieron un hogar para su divinidad, de tal

manera que la prosperidad de las aldeas por medio de la agricultura, aquellos humildes santuarios se trasformaron en complicadas estructuras cada una rematada con una altiva plataforma, prototipo de la futura torre-templo (Kramer, 1970:33-34).

Con el transcurso del tiempo las ciudades de Mesopotamia se convirtieron en grandes metrópolis, no obstante, eran excepcionales. Casi todas las ciudades mesopotámicas eran ampliaciones de las aldeas y pueblos prehistóricos de la región y por consiguiente carecían del beneficio de la planeación urbana. Pero en tanto que la imagen física de la ciudad mesopotámica experimento cambios y mejoras en el devenir de los tiempos, muchos de sus aspectos menos tangibles fueron inmunes; de las estructuras sociales, políticas, religiosas y económicas que surgieron en las primeras comunidades urbanas del mundo, las de los sumerios, caracterizaron una gran parte a todas las ciudades mesopotámicas posteriores, distinguidas por sus fortificaciones, que tienen mucha mayor importancia que Egipto, ya que el imperio faraónico, por su fortaleza y su situación aislada, no estaba amenazada a merced del enemigo como los imperios mesopotámicos (Chueca, 2000: 46).

Detrás de las murallas defensivas que rodeaban una ciudad mesopotámica típica, casi todas las calles eran estrechas, sinuosas, sin pavimentación y descuidadas. Tampoco existían sistema municipal alguno de alcantarillado o eliminación de basura; todos los desperdicios se arrojaban vigorosamente a la calle desde las casas de adobe apiñadas de habitantes, y allí se acumulaban hasta elevarse al nivel de los umbrales (Kramer, 1970: 79), ocasionando la incubación de enfermedades infecto contagiosas, que acometían principalmente a la población infantil- por ser la más propensa a morir por estas causas-, así la esperanza de vida era baja. Tomando en consideración que el tamaño medio de la familia fue, probablemente, de unos seis a siete hijos, si bien estos nacimientos contrarrestados por un aplastante índice de mortalidad infantil, sobre todo en los bebés y los niños. La duración media de la vida no pasaba de los 20 años. Tal vez menos de la mitad de los hijos sobrevivirían lo suficiente como para tener sus propios hijos, una proporción muy grande no llegaría al fin de su vida (Ansley y Coale, 1974: 40-51). Ante estas expectativas el nivel de vida de la población era de suma precariedad, solamente supeditado a satisfacer las necesidades básicas para su sobrevivencia, que en ocasiones era cortada por las constantes guerras, incrementando el número de defunciones de la población.

La casa más común no era más que una habitación de gruesas paredes con varias habitaciones sin ventanas, con puertas que llegaban a la altura del hombro dispuestas a un patio abierto. Amplios sectores de la ciudad, por tanto, se veían desalineados y poco atractivos.

En cada ciudad había pocas calles amplias, donde el ciudadano y su familia podían dar un paseo sosegado. Luego había el ajetreado bazar era un laberinto de angostos pasajes protegidos del sol abrasador por toldos y con casillas a los lados. Aquí el habitante de la ciudad podía elegir sus comestibles diarios entre una amplia variedad de alimentos que abarcaban cebollas, frijoles y pepinos, dátiles secos, etc. En general cada ciudad también tenía su plaza pública situada entre las manzanas de casas trazadas al azar y la cual atraía viandantes.

Existía también la taberna, el templo y el zigurat que proporcionaba sosiego y consuelo espiritual (Kramer, 1970: 80). Con respecto a las obras públicas era básico mantener y extender los canales de riego que enlazaban las granjas de la ciudad y sus colonias a los gobernantes vecinos. La estructura de esta sociedad estaba compuesta por tres clases; la aristocracia, una mayoría de ciudadanos comunes y una minoría de esclavos. Si bien la prosperidad de una ciudad mesopotámica dependía de los esfuerzos y habilidades combinados de todos sus trabajadores productivos, dos ocupaciones eran especialmente para el mantenimiento de la vida urbana.

Una era la de agricultor que fue el pilar más importante y la otra el mercader viajero que permitió mantener a las ciudades mesopotámicas en contacto con muchos lugares distintos del mundo antiguo (Kramer, 1970: 83).

Primordialmente el advenimiento de esta cultura y sus sucesoras se debió a la existencia de un excedente alimentario y las existencias mismas de una mejor organización social planteada por la producción, dando lugar a la especialización y a la jerarquización (Lezama, 1970: 35). Asociado con el intercambio comercial y a la culminación de un prolongado proceso evolutivo de índole económica y social.

1.3. La ciudad egipcia

Si la tierra llamada de los faraones, de las grandes construcciones monumentales y del valle de los muertos nos hablara de su propia historia resguardada en las arenas del tiempo. Ya en las

tinieblas de la prehistoria, hace más de 100,000 años, empezó el hombre a aposentarse a lo largo del Nilo. Alimentada por el río vivificante, la tierra prosperó y en el cuarto milenio antes de Cristo, floreció espléndida con el primero de los faraones y vivió en el esplendor durante 27 siglos de historia Antigua. Egipto era antiguo para los antiguos, fue una gran nación mil años antes de que los minoicos de creta construyeran su palacio de Cnosos, 900 años antes de que los israelitas siguieran a Moisés cuando los liberó de la esclavitud. Floreció cuando a orillas del Tiber, vivían aun en chozas las tribus latinas.

La fuente capital de todo poder estaba en el gobernante. Agradado con la doble función del rey y de dios. Lo apoyaban los altos funcionarios en quienes delegaba su autoridad. Por debajo de estos había una burocracia numerosa que descansaba en las anchas espaldas de los obreros y campesinos (Casson, 1970: 11-12). Además es cierto que no se halla en un comienzo en el valle del Nilo la ciudad arquetipo de la historia, la villa amurallada, sólidamente delimitada y almenada, construida para perdurar. Con excepción de la ciudad, todo lo demás parecería hallar en Egipto una forma duradera. No son pocas las muestras de estructuras independientes que atestiguan la exaltación universal del poder al comienzo de la civilización, obeliscos, paseos majestuosos para procesiones. Columnas, esculturas de granito y diorita en escala magna, todo esto atestigua la clase de vida que esperamos en la ciudad transitoria. Cada faraón construye su propia capital, sin deseo alguno de proseguir la obra de sus predecesores o de engrandecer su misma ciudad. Su hogar es tan exclusivo como su tumba y tal vez por los mismos motivos egoístas, el desarrollo se llevo a cabo mediante una suerte negligente del acrecentamiento suburbano (Munford, 1978:102-103) motivando la presencia de la marginación y pobreza en amplios estratos de la población; centralizando la riqueza en las manos de los faraones y sus séquitos de sacerdotes acompañados por una serie de parásitos alimentados por la ambición y el poder. Así ante tales evidencias de decadencia, el imperio comenzó su desintegración; invadida por constantes pugnas civiles internas, asociados a los constantes ataques por partes de tribus nómadas. Con ello Egipto se halló con una clara diferenciación en las unidades gubernamentales quedando sin financiamiento y convertido en zonas ingobernables como regiones, hecho que ha llevado a una generalizada (y profundamente sentido) declive de la calidad de vida (Friedman, 1996:4) de su población; finalizando con el gran esplendor de la tierra de los muertos.

La ciudad amurallada fue en Egipto una forma primitiva, cuyas características militares desaparecieron cuando los grandes faraones establecieron un orden universal y un mando unificado, que se fundaba principalmente en la fe religiosa y el apoyo voluntario y, no en la coerción física. El éxito de las primeras dinastías al desarrollar una forma religiosa de gobierno, centrada en el rey que era aceptado popularmente como un dios vivo, modificó en dos sentidos el problema de la construcción de la ciudad. Eliminó la necesidad del cercamiento como medio de coerción y control; creó un tipo singular de ciudad, que solo se desarrolló del todo en Egipto: la ciudad de los muertos. Alrededor de las pirámides centrales de Giza encontramos una auténtica organización de tumbas dispuestas en hileras ordenadas en calles y callejuelas (Munford, 1978: 104-105). Matizadas por el predominio de enfermedades endémicas, las variaciones anuales y estacionales de alimentos y muchos otros factores, podían afectar al nivel básico de mortalidad (y también en cierta medida al nivel de fecundidad natural). Asimismo las tasas de mortalidad estaban muy influidas por la densidad de población. Por encima de ciertas densidades a nivel básico de la mortalidad empezó a crecer de forma inevitable porque tendía a implicar crecientes dificultades de satisfacer las necesidades alimentarias, como por el riesgo de exposición a las enfermedades infecciosas parecen relacionarse con la densidad de población (Wrigley, 1992: 273).

Egipto al igual que Mesopotamia pasaron por un lento proceso evolutivo hacia sociedades más complejas, gracias a su asentamiento en poblados, a los adelantos tecnológicos y el desarrollo de estructuras orgánicas adecuadas (Bassols, 1988: 11), que les permitieron construir espléndidas ciudades caracterizadas por un ámbito socio-territorial que sustentó la vida social del conjunto de la sociedad que allí se encuentran aglomeradas (Pirenne, 1927; Castells, 1983).

1.4. La ciudad griega

Una de las civilizaciones representantes del espíritu helénico es la civilización minoica-micénica que floreció en el mar Egeo; en estas ciudades presentan un trazo mucho más irregular faltando completamente las grandes avenidas a la composición geométrica observadas en otras ciudades. La explicación evidente reside en que las ciudades del Egeo se construyen en lugares mucho más accidentados y era necesario replegarse a la topografía del terreno (Chueca, 2000: 50).

Los primeros centros habitados de la civilización helénica debieron preocuparse menos de la regularidad y de los principios estéticos que de las necesidades de la defensa y de las facilidades del comercio. Fueron, por consiguiente, pequeños núcleos que al correr del tiempo se comprimieron irregularmente, con independencia de toda idea de conjunto. Con el desarrollo de la democracia en las ciudades-estado de Grecia, aparecen en ellas nuevos elementos urbanísticos, que indican una colaboración mucha más estrecha del pueblo en los asuntos de la comunidad. Con los templos surgen en la ciudad diversos edificios dedicados al bien público y al desarrollo de la democracia. Generalmente estos edificios se situaban entorno al ágora o plaza pública que en principio albergaba al mercado y que luego vino a construir el verdadero centro político de la ciudad. En torno a esta ágora se construiría el *ecclesiasteron* (sala para las asambleas públicas), el *prytaneion* (donde se reunía la cámara municipal), el *bouleterion* (sala para asambleas municipales). Generalmente estaba situada también la *stoa*, construcción alargada, que cerraba a veces el ágora. Aparte de estos elementos político-administrativo-económico que formaban el núcleo de la ciudad griega, que es el que le correspondía a las diversiones y que dio lugar a la construcción de teatros al aire libre y estadios para los juegos olímpicos. Como se desprende de todos estos hechos, la ciudad había pasado de ser el amasijo de viviendas humildes dominadas por el palacio-templo de un rey divinizado para convertirse en una estructura más compleja en lo que dominaban aquellos elementos que eran de disfrute: Plazas, mercados, pórticos, edificios de la administración pública, teatros, etc. (Chueca, 2000: 52-53). Aparte contaba con el trazado de una fortaleza natural, con laderas abruptas y escarpadas que son fácil de defender sin el añadido de fortificaciones y rodeadas por un grupo de aldeas, es un rasgo común en Grecia (Munford, 1978: 159).

Creta se distinguió por el diseño avanzado de la casa habitación de la técnica igualmente ingeniosa de obras sanitarias. Las fachadas complicadas de las casas sugieren que ellas, lo mismo que los palacios pueden haber tenido accesorios y que tal vez contaban con conductos y desagües internos, posiblemente con inodoros ((Munford, 1978:153).

Así la más prominente cultura del mundo antiguo, la de Atenas, llegó a su culminación en lo que, desde el punto urbanístico y de la higiene, era una municipalidad deplorablemente atrasada. Las variadas instalaciones sanitarias de que Ur y Harappa se enorgullecían dos mil años antes, apenas existían en forma de vestigios en la

Atenas del siglo V. Hasta los tiempos helenísticos, las calles de cualquier ciudad griega eran poco más que callejones, y muchos de estos callejones sólo eran pasajes de no mucho más de un metro de ancho. Restos de basuras se acumulaban en los suburbios de la ciudad, invitando a las enfermedades y multiplicando las víctimas de la peste (Munford, 1978: 163). Agregándose la falta de pavimentación y la existencia de viviendas mal sanas carentes de los servicios básicos con que deben contar permitiendo que la población infantil fuera la más afectada por las condiciones imperantes en la Grecia clásica. Por lo regular la población no cubría satisfactoriamente los atributos del desarrollo humano: una vida larga y saludable, el acceso general al conocimiento y a los recursos necesarios para una vida digna. De tal forma que las ciudades más grandes de Grecia en el siglo V, la escasez cuando no la falta de instalaciones sanitarias era escandalosa, casi suicida; que subrayó la gran peste durante la guerra de peloponeso (Munford, 1978: 203).

Por otra parte en un momento en que el crecimiento de la población podría haber provocado la congestión en el interior de la ciudad, la emigración al azar o el conflicto por las tierras arables en las regiones más densamente pobladas, Delfos, quíerose o no, examinó el problema demográfico y dirigió un programa de dispersión (Munford, 1978: 176).

No cabe duda que la ciudad visible y tangible estaba llena de imperfecciones: de desórdenes del crecimiento, de fermentaciones y secreciones de la vida, de la basura sin enterrar, de formas gastadas, que ni siquiera habían sido apartadas con decoro, de reliquias de costumbres rurales que aún no se habían ajustado a las pruebas y los desafíos continuos de la vida urbana (Munford, 1978: 104).

El corazón de la ciudad, el centro de sus actividades más valorada, la esencia de su existencia total, era la acrópolis, pues era sobre todo, el hogar de los dioses de la ciudad y en ella todos los oficios sagrados derivaban en la naturaleza y la historia. Anteriormente conocida como la polis vino a ser, y fue, mucho más que el mero asiento del gobierno. Incluía la tierra que le rodeaba, y constituía el punto de reunión de la gente que vivía dentro y fuera de las murallas. En ella tenían lugar las transacciones comerciales, las manufacturas, las ceremonias y los ritos, se discutían y decidían los asuntos públicos. Aunque el número de personas que vivían dentro de las murallas de la polis era pequeño, su población total incluía ciudadanos y aldeanos y en los centros marítimos como Corintio y Atenas, también navegantes. Granjeros artesanos, comerciantes y marineros se entre mezclan libremente (Bowen, 1967: 50).

Grecia al igual que Egipto y Mesopotamia, compartían un común denominador se desarrollaron debido a la proximidad de recursos minerales, al agua, a dotaciones especiales para las amenidades (el clima por ejemplo), a la proximidad a una tierra agrícola fértil, etc. (Richarson, 1978: 209). Del mismo modo se caracterizaron por la existencia de especialistas no productivos a tiempo completo (tales como sacerdotes, funcionarios o trabajadores de servicios); poblaciones de talla y densidad suficiente; existencia de un arte peculiar; escritura y números; actividad científica, sistema tributario que concentra el excedente de producción: estado; arquitectura pública municipal; comercio a larga distancia; existencia de clases sociales (Childe, 1950: 4-5). El desarrollo económico en estas civilizaciones y en particular en las ciudades, no fue el fiel reflejo de una equitativa distribución de las riquezas ganadas por las conquistas y otras actividades entre el pueblo, no existió un sostenido aumento o incremento del nivel de vida de la población, la riqueza se concentró en las manos de los reyes, faraones y monarcas dejando a su pueblo sumido en pobreza y marginación.

1.5. La ciudad romana

El imperio romano producto de un solo centro energético urbano en expansión fue, por su parte, una vasta empresa de construcción de ciudades, dejó la huella romana, en todas partes en Europa, en el África septentrional y el Asia menor, modificando en antiguas ciudades y estableciendo un tipo particular de orden a partir de cero, en cientos de nuevas funciones, ciudades coloniales, ciudades libres, ciudades sometidas al derecho municipal romano y ciudades tributarias, cada una de las cuales tendría un estado diferente, si no una forma diferente (Munford, 1978: 252). Por lo tanto la mayoría de las nuevas ciudades surgió, bien como desarrollo de antiguas aldeas o poblados antiguos, campamentos militares y colonias de veteranos, bien como ampliación de ciertas grandes propiedades rústicas, muchas veces de los mismos emperadores.

En otros términos el imperio romano es un agregado de ciudades griegas, itálicas y provinciales, habitadas estas últimas por naturales, más o menos extensas, que era su territorio. Por lo tanto era el territorio de un antiguo estado-ciudad griego o romano. Cada ciudad tenía un gobierno autónomo, su vida política local. La burocracia imperial sólo muy raras veces se mezclaba en los asuntos locales de la ciudad, se ocupaban de la recaudación de los impuestos, pero por intermedio de las mismas organizaciones municipales.

Desde el punto de vista urbanístico, las ciudades del imperio romano fueron heredadas de las helenísticas, de las que tomaron todo su refinamiento técnico: alcantarillado, traídas de agua, agua corriente, baños, pavimentos, servicios de incendios, etc. Las había como es natural, de muchas clases, según su evolución histórica, condiciones de suelo, clima y características locales. Las había comerciales e Industriales como en realidad lo eran la más importantes (Roma, Alejandría, Antioquia, Efeso, Cartago, Lyon, etc.). Ciudades caravaneras como las que establecieron el comercio en el oriente (Palmira, Petra, Bosra); Había ciudades que eran cabezas provinciales o de departamentos agrícolas (Verona, Siracusa, Tréveris, Londres, Tarragona, Córdoba, Mérida, Timgad, Cirene, Rodas, Esmira, Pergamo, Mileto, Tiro, Sidón. Gerasa, etc.). Roma una ciudad cuya monumentalidad no ha sido superada jamás. Estos enclaves monumentales, rigurosamente geométricos, dentro de la estructura irregular, de la ciudad, constituían en primer lugar los foros, que desde el foro romano, el foro trajano, fueron aumentando en dimensiones y esplendor. Luego los palacios, los templos, las termas, los anfiteatros y los circos fueron por si mismos verdaderas composiciones urbanísticas que ensambladas un tanto caprichosamente entre sí, formaban el grandioso conjunto (Chueca, 2000: 61).

Pero Roma nunca tuvo la imaginación necesaria para aplicar los principios de limitación, moderación, distribución ordenada y equilibrio a su propia existencia urbana e imperial; y por desgracia dejó de echar las bases económicas estable y del sistema político equitativo, en que todos los grupos hubieran estado efectivamente representados y que habría hecho posible una vida digna. Sus mejores esfuerzos por establecer una comunidad universal solo consiguieron dejar un balance de privilegios y corrupciones (Munford, 1978: 258). Construyéndose desigualdades sectoriales y espaciales que repercutieron en la acumulación de las condiciones de bienestar.

La mayor evolución de estas condiciones tiende a concentrarse en aquellas porciones del territorio que presentan las mejores características para el desarrollo económico, en donde se aglomeran gran cantidad de población, el capital privado y público, la fuerza de trabajo técnicamente preparada, la infraestructura urbana e industrial y los servicios públicos y privados.

En suma, en las grandes proezas de ingeniería en que Roma descollaba: en los acueductos, las cloacas subterráneas y las vías pavimentadas, su aplicación total era absurdamente parcial y de su enorme tamaño. Roma se derroto así misma y nunca consiguió sa-

tisfacer sus propias necesidades (Munford, 1978: 266), excluyendo a la mayoría de su población a participar en aquellas esferas en las que de acuerdo con determinados criterios les correspondía participar (Germani, 1980: 66).

La ciudad y el imperio romano no dejaban de sorprender por su magnificencia; pero también por la inexistencia de un sistema de salud, por lo regular se presentaba el acarreo de material fecal en carros y su depósito en zanjias abiertas, era un atentado desde el punto de vista higiénico ¿Qué decir de la costumbre de vaciar otros residuos y basuras en pozos abiertos? Por ejemplo, la acumulación, indiscriminada de cadáveres humanos en fétidos agujeros, esparcidos por las afueras de la ciudad. Formando, por así decirlo un cordón mal *sanitaire*. Incluso sin esta invitación a la tifoidea, el tifus y el cólera, predominio del paludismo, hizo de Roma y *campagna* circundante una de las zonas más insalubres del mundo en que se repetían constantemente las repetidas embestidas de las pestes, viruelas y devastadoras que dejaron miles de muertos (Munford, 1978: 266). Asociándose a las virtuales condiciones de miseria a las cuales eran sometida la población romana y que repercutían en el acceso a los bienes básicos para proseguir sobreviviendo, de tal forma el desarrollo económico producto del poderío conquistador ejercido por las legiones romanas a todo lo largo de los territorios conquistados; no tenía sentido en razón a que no repercutía directamente y positivamente en las condiciones de vida, así como señalar la diferencia relativa que existe con aquellos lugares más aventajados en los diversos aspectos que conforman esas condiciones. (Rodríguez, 1994: 14).

El municipio Romano por su parte permitió; y a decir verdad por sus constantes despreocupaciones, hasta fomentó, el alojamiento de la vasta masa de su población en casa de inquilinato atiborrado, que formaban enormes bloques *insulae* o islas. Estas *insulae* rivalizan con los pozos de basura en roma como ejemplo clásico de pésima administración.

Pero las casas de inquilinato en roma se llevaban holgadamente las palmas, como los edificios más congestionados e insalubres con que haya contado Roma occidental hasta el siglo XVI, cuando la congestión de construcciones en los solares y el apiñamiento en las habitaciones se volvieron cosas comunes. No solo carecían esos edificios de calefacción, de tuberías de desagüe y de retretes, aparte de que no se prestaba para cocinar en ellos, y no solo comprendían un número excesivo de habitaciones sofocantes, groseramente superpobladas, sino que en ellos escaseaban las instalaciones que contri-

buyen a una vida diaria; además tan mal construida y eran tan altas que no ofrecían medios seguros de evacuación cuando, como era con frecuencia estallaban incendios y si sus moradores conseguían librarse de tifoideas, el tifus o el fuego, fácilmente podía encontrar la muerte de toda la estructura(Munford,1978:271).

Roma llegó a tener un millón de personas la mayor parte hacinados en sofocantes y mal olientes departamentos. La gente se quejaba de la falta de alojamiento de los alquileres elevados, de la congestión de la circulación del aire viciado, del crimen de las calles y del elevado costo de la vida. El desempleo era un problema permanente y aumentó cuando las familias campesinas, desposeídas por modificaciones de los métodos agrícolas invadieron la ciudad (Hadas, 1967: 147)

En general Roma acumula las características descritas con las funciones comerciales y administrativas; derivadas de la concentración, es una misma aglomeración de un poder ejercido mediante la conquista de un vasto territorio. Del mismo modo la penetración romana en otras civilizaciones adopta la forma de una colonización urbana-asentamiento de funciones a la vez administrativas y de explotación mercantil. La ciudad no es, por tanto, un lugar de producción, sino de gestión y dominación ligado a la primacía social del aparato político-administrativo (Munford, 1978: 266-311). Convirtiéndose en el lugar de las desigualdades como consecuencia de la particular distribución de la riqueza en los sistemas económicos, sino en especial, de la producción y funcionamiento de la ciudad misma (Pírez, 2000: 4). Los emperadores diseñaron un símbolo llamado metáfora, que transito de metáforas en metáfora que llegó a la fantasía, que ayudo a encantar al mundo para producir una utopía (Ianni, 1996: 12) vendida a la población normalmente como enormes banquetes ofrecidos en honor de los generales que regresaban de las batallas o en forma de violentos combates entre gladiadores, bestias y gente inocente con el fin de aplacar a la miseria, marginación y pobreza de la plebe romana.

La desintegración de Roma fue el resultado final de una hipertrofia, que determinó una detención de funcionamiento y una pérdida de control sobre los factores económicos y agentes humanos que eran de importancia fundamental para su existencia. En algún momento la organización romana debió haberse vuelto etérea y adquirido capacidad, mediante la educación, de mantener el orden, sin recurrir abiertamente a la fuerza y sin apoderarse de las cosas. Pero nunca alcanzo ese punto. Pues Roma no se convirtió para los demás en un modelo conveniente de expansión sin modelo convenient-

te de expansión sin control de explotación inescrupulosa y de hinchazón materialista (Munford, 1978: 293).

1.6. La ciudad medieval

La Edad Media Europea empieza poniéndose a nivel de una rudimentaria sociedad agraria, que será la base de su economía y su desenvolvimiento. El régimen señorial que establece en toda Europa, el feudalismo, tiene fundamentalmente esta base agraria. El rey cuenta con señores feudales que le apoyan y le sostienen en caso de guerra y a los cuales otorga el dominio de vastos territorios. Sobre ellos gobierna el señor casi con poderes absolutos obteniendo del campo todos los recursos y sometiendo a la población campesina a una servidumbre completa de vidas y haciendas (Chueca, 2000: 89).

La ciudad medieval nace de la unión de una fortaleza preexistente en torno a la cual se había organizado un núcleo de habitación y de servicios y de un mercado sobretodo a partir de las nuevas rutas comerciales abiertas por las cruzadas.

Sobre estas bases se organizan instituciones político-administrativas propias de la ciudad y que le dan una consistencia interna y una mayor autonomía con relación al exterior. Estas ciudades dependieron muy estrechamente de la coyuntura de las nuevas relaciones sociales que surgieron de las trasformaciones producidas en el sistema de distribución del producto (Castells, 1983: 20). Particularmente las ciudades medievales eran de corte hexagonal, en el que por medio de una red de hexágonos, que abarcaban completamente una extensión territorial, se sitúan jerárquicamente los diversos centros, desde la más elemental aldea hasta la capital del condado, de la región o nación (Chueca, 2000: 293).

La ciudad de la Edad Media, tal como existió en el siglo XII era una comunidad comercial e industrial que habitaba dentro de un recinto fortificado gozando de una ley, una administración y una jurisprudencia excepcionales que hacían de ella una personalidad colectiva privilegiada (Pirenne, 1925: 26).

Comúnmente la ciudad medieval se localizaba en los lugares difícilmente accesibles por necesidades de defensa; habitualmente se encontraban asentadas en colinas y u otro sitios abruptos, en islas, en inmediaciones de ríos, principalmente buscando confluencias o meandros para utilizar los causes fluviales como obstáculo para el enemigo. Una situación ideal era la de una colina rodeada por el

foso natural de un río. El trazado de las calles tenía que acomodarse a las dificultades del emplazamiento, y por esos resultados irregulares y tortuosos. Generalmente las calles importantes partían del centro y se extendían radialmente hasta las puertas del recinto fortificado. Otras calles secundarias unían estas radiales, muchas veces formando círculo en torno al centro. Este es, en líneas generales, el patrón que se ha llamado radio concéntrico y que se repite mucho en la ciudad medieval. El centro de la ciudad lo ocupa siempre la catedral o el templo, por lo cual la ciudad adquirió una prestancia espiritual del primer orden. La misma plaza de la catedral solía ser la que servía para las necesidades del mercado y en ellas se elevaba los edificios más característicos de la organización ciudadana (Chueca, 2000: 96).

Aun en sus momentos de mayor auge, las ciudades medievales carecían del encanto que hoy al visitante seduce al contemplarlas en el siglo XX. Rodeadas de murallas, al espacio interior era un lujo reservado a unos pocos. Las casas de madera y a amontonadas – cada una de ellas era un polvorín en potencia- buscaban nuevo espacio edificado pisos encima que se proyectaban sobre las calles. Estas eran meros callejones de un metro y medio a tres de anchura, con los desagües al aire libre y un mínimo de higiene. El viandante tenía que esquivar el agua sucia que caía de arriba y los puercos que deambulaban por abajo; andrajosos mendigos (Fremantle, 1971: 71).

En realidad las ciudades eran incubadoras de enfermedades. El exceso de la población, la contaminación de los pozos, la falta de organización sanitaria, las calles llenas de cerdos y ratas, todo contribuía a extender los casos de tifus, disentería y gripe. La peor de cuantas epidemias jamás fue, la peste bubónica que dejó huella terrible en la Europa de 1340 (Fremantle, 1971: 89), afectando a la población más desprotegida: Los infantes y ancianos.

El índice de mortalidad ha sido de los más altos de la historia, induciendo a que la esperanza de vida se redujera drásticamente de tal manera que su comportamiento diferencial por sexo marcara la sobrevivencia masculina sobre la femenina. Atenuado con relación directamente con el grado económico y social alcanzado por cada nación y ciudad, con las que este mismo desarrollo origina. Es decir, ante la mortandad en su apogeo en las ciudades medievales se agrega la situación de una inequitativa distribución del ingreso y la coexistencia de muy altos niveles de vida de una porción muy reducida de la población y los problemas graves de marginación de la mayoría, explican el por que porciones importantes de la población

tienen tasas de mortalidad general (Coplamar, 1983: 16) e infantil altas, asociadas con las pestes que asolaron en dicha época al continente europeo.

Recapitulando: Las ciudades de Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma y de la edad medieval presentan en común el hecho de percibirse como ciudades preindustriales del pasado, fueron pequeños núcleos cuya población total, raramente sobrepasaba los 100,000 habitantes, aunque usualmente es mucho menor en sus inicios. Esto no es sorprendente, ya que estas ciudades son propias de sociedades relativamente poco urbanizadas, en las que a menudo no más del 5% de la población reside en núcleos urbanos. Además las ciudades preindustriales dependen para su subsistencia de un hinterland inmediato y, contando con medios muy poco eficaces de transporte de mercancías voluminosas, esas sociedades preindustriales sólo pueden mantener pequeños agrupamientos urbanos.

Por otra parte, la mayoría de estas ciudades están amurallas – exceptuando a Egipto- lo que indica que tienen necesidades de protegerse y que su nivel técnico es tal, que bastan aún unos simples muros para darle esta protección. Convenientemente las murallas señalaban también que la separación entre la vida urbana y la rural; sirven para controlar los movimientos desde y hacia el mundo exterior, ya sea para cobrar portazgos, ya sea para evitar la entrada de elementos indeseables. Los sistemas de transporte en el interior de la mayoría de esas ciudades son tan deficientes, que la gente prefiere residir y trabajar en los lugares que tengan acceso inmediato a las instalaciones centrales de la ciudad.

Los movimientos son más lentos además estas comunidades preindustriales carecen de la técnica necesaria para construir edificios de gran altura -excluyendo a las ciudades romanas y medievales- y a consecuencia de ello las casas se apiñan a lo largo de calles estrechas, con el fin de aprovechar el máximo de las ventajas de la proximidad (Johnson, 1974: 247).

Las clases altas, en lugar de vivir en los suburbios exteriores de la ciudad, tienden a residir cerca del centro. En las sociedades preindustriales las actividades políticas y religiosas son a menudo más prestigiosas y representan el papel más importante en la vida de las minorías dirigentes que las ocupaciones económicas. Debido a que las sedes de la Iglesia del Estado se hallan a menudo en el centro, y puesto que el transporte interior de la ciudad acostumbrado a estar poco desarrollado, las clases altas están obligadas a residir cerca del centro si desean participar en los asuntos del poder y la religión. En cambio, los individuos pobres viven en general en la

periferia: sólo allí quedan lugares para su instalación y de todos modos, la mayoría de los pobres se dedican a la agricultura (ocupación que exige tener fácil acceso al campo que rodea la ciudad). O trabajan en actividades molestas que no se toleran en el área edificada, otro de los rasgos de una gran parte de estas ciudades es su estructura celular, fundada en las diferencias étnicas o en los grupos familiares (Johnson, 1974: 248).

Con respecto a los ingresos monetarios representaron una gran tentación para los campesinos que vivieron a duras penas de una agricultura de subsistencia y el trabajo pagado eventual y no calificado se puede obtener con mayor facilidad en estas ciudades que en sus hinterlands respectivos, pocos desarrollados desde el punto de vista económico. Por consiguiente, las áreas urbanas atraen a gran número de personas a las que proporcionan una existencia miserable. Estas gentes, sumamente pobres, sólo pueden instalarse en terrenos libres y no utilizados de las áreas suburbanas y los han ocupado ilegalmente, formando barrios ilegales de este tipo, es muy común que crecen rápidamente (Johnson, 1974: 250). El desarrollo de económico de tales civilizaciones no repercutieron directamente en la población de las ciudades y del campo, reflejado en dos vertientes: Por un lado presentaron durante su desarrollo un elevado índice de mortalidad infantil, expresión de la paupérrima situación imperante de las condiciones de vida de la población indicada en: el hacinamiento en las viviendas, falta de dotación de servicios básicos, insalubridad constante en las ciudades y permanentes de las que conducían inevitablemente a la invasión de enfermedades que ocasionaban el incremento de los decesos ya citados. En el otro extremo las riquezas se acumulaban y se creaba economías primitivas cíclicas de los monarcas emperadores.

2. El declive de la mortalidad infantil en la ciudad

Particularmente este apartado explorara la disminución de la mortalidad infantil iniciada desde las ciudades Industriales producto de la convergencia de los adelantos tecnológicos y la transición demográfica, originando el crecimiento de la población de tal forma que impacta en el volumen de las ciudades actuales creando zonas de marginación y pobreza características de las ciudades de América Latina.

2.1. *La ciudad industrial*

Factor inherente a la ciudad es el campo pues este último repercute en el crecimiento de las ciudades por medio de la transferencia de la población a su extensión territorial. En la larga historia de los asentamientos, siempre se reconoció profundamente esta conexión entre el campo del que todos directa o indirectamente, obtenemos lo necesario para vivir y los logros de la sociedad y uno de esos logros fue la ciudad; la capital, el pueblo grande una forma distintiva de civilización.

El campo atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, inocencia y virtud simple. Mientras que la ciudad fue concebida como un centro de progreso de erudición, de comunicación, de luces. También prosperaron las asociaciones hostiles: se vinculó a la ciudad como un lugar de ruidos, de vida mundana y de ambición y al campo con el atraso, la ignorancia y la limitación. El contraste entre el campo y la ciudad, como dos estilos fundamentalmente distintos de vida se remontan a la época clásica. El estilo de vida campestre incluyó prácticas muy diferentes tales como las de los cazadores, los pastores, los granjeros y los productos agrícolas y su organización varió desde la tribu y la finca a la propiedad feudal, desde el pequeño campesinado y los granjeros agropecuarios a la comuna rural, desde los latifundios y las plantaciones estatales. La ciudad, en no menor medida presento muchas variaciones: La capital del estado, la base administrativa, el centro religioso, el mercado, el puerto, el depósito mercantil, los cuarteles militares, la concentración industrial. Entre las ciudades de la antigüedad y de la edad media y la metrópolis o el conurbado moderno hay una conexión de nombre y en parte de función (Williams, 2001: 25-26).

Los cambios sociales y económicos de los siglos XVII y XVIII alcanzaron su culminación con la Revolución Industrial. Aunque esta fue mucho más que un simple fenómeno económico (Wrigley, 1992: 201), se basó en un capitalismo en alto grado desarrollado que tuvo como característica la temprana desaparición del campesino tradicional, (Williams, 2001: 25) en donde la especificidad geográfica de las fases de proceso de producción aparece condicionada por la singularidad de la fuerza de trabajo requerida en cada una de ellas y por las características sociales y medioambientales correspondientes a las condiciones de vida de cada segmento de la fuerza de trabajo (Borja y Castells, 1997: 44).

Particularmente la congestión y las condiciones de vida, cada vez más precaria, en las ciudades modernas sobre todo en aquellas

fuertemente industrializadas, invadidas por el humo de las fábricas, amenazadas por los peligros de una circulación intensiva, sin sosiego por la ruidosa civilización mecanizada (Chueca, 2000: 178) fueron rasgos muy comunes de la expansión de la industria en la ciudad como eje de su propio crecimiento como centro urbano, de tal manera que permitió acelerar el proceso de urbanización ligado a la primera revolución industrial e inserta en el desarrollo de modo de producción capitalista, es un proceso de organización del espacio que encuentra su base en dos conjuntos de hechos fundamentales (Lavase, 1966):

1. La descomposición previa de las estructuras sociales agrarias y la emigración de la población hacia los centros urbanos ya existentes, proporcionando la fuerza de trabajo esencial a la Industria.
2. El paso de una economía doméstica a una economía de manufactura y después a una economía de fábrica, lo que significa al mismo tiempo, la concentración de un mercado y la constitución de un medio industrial.

Por lo tanto las ciudades atraen a la industria justamente por estos factores esenciales (mano de obra y mercado), y a su vez la industria atrae nueva mano de obra y nuevos servicios. Pero el proceso inverso también es importante: allí donde hay facilidades de funcionamiento, y en particular de materias primas y medios de transporte, la industria coloniza y suscita la urbanización (Castells, 1983: 22).

Ante tales argumentos se descubren dos polos en la concepción de la ciudad Industrial: por un lado huestes famélicas se agolpan ante sus puertas, acampan en chozas y barracas improvisadas con despojos urbanos formando los barrios de chambolas o bidovilles. La miseria, antes latente, estallo con virulencia, pues la ocasión de mostrarse ha surgido, ya que del campo, donde tenía carácter difuso, se ha trasladado a la ciudad. La presión demográfica no hace sino agravar la tragedia de esas ciudades que aguardan el auxilio de una ciudad que bien poca cosa puede ofrecerle y que teme a los mendigos y a los hambrientos a quienes considera como enemigos que es preciso expulsar (George, 1974: 43).

En el otro extremo el enriquecimiento de los grandes consorcios nacientes, fundado en el sistema de la producción en masa; enorme consumidor de trabajo se transforma la Industria ocasionando una pobreza inconcebible que arrastra a los obreros a largas jornadas de trabajo en condiciones de insalubridad – el caso de las minas de carbón y otros derivados, donde la mayoría de las defunciones eran

originadas por aspirar gases y polvos de asbesto por lo regular- en donde los hombres, mujeres y niños se entremezclaban. Así que no era de extrañar que los índices de mortalidad Infantil crecieran aterradoramente por ejemplo Nueva York en 1810, era de 120 a 145 por cada 1,000, nacimientos; en 1850 llegó a 180; en 1860 a 220 y en 1870 a 260 (Chueca, 2000: 172).

En el caso de Inglaterra cuna de la Revolución Industrial; en el siglo XV la población total –excluyendo a Londres- era de unos 5 millones (variando a lo largo del siglo) y en algunas regiones, en especial en el oeste y el norte, durante la mayor parte de este siglo no hubo crecimiento natural o se produjo incluso un descenso natural de la población. Igualmente, hay algún testimonio de que las tasas de mortalidad por edades, en especial, la de los niños pequeños, eran más elevadas entonces que antes o después, de forma que el crecimiento natural muy atenuado o había superávit de muerte (Wrigley, 1992: 192-193). Así, en el momento en que la población de Londres era por ejemplo de 500,000 habitantes se supone que el déficit anual de nacimientos era de 5,000.

En esa época para compensar ese déficit y hacer posible un incremento anual de la población de 2,750 personas la inmigración neta a Londres debe haber sido de unas 8,000 personas al año. Hacia el final del periodo cuando la población superaba con mucho el millón de personas y la diferencia entre tasas de natalidad y mortalidad era máxima, la cifra neta debe haber sido considerablemente mayor. Por consiguiente, unos 12,000 nacimientos del resto de Inglaterra y otros lugares contribuían cada año a hacer posible que la población creciera como lo hizo. Si el excedente de los nacimientos respecto a las muertes en las provincias era de 5 mil anual y suponiendo por el momento que Londres creciera sólo por inmigración procedente de Inglaterra, se deduce que el crecimiento natural de una población de unos 2,500,000 de personas muerte Mientras tanto un importante excedente de nacimientos siguió siendo característico de los condados ingleses en el siglo 1650-1750, pero en lugar de fortalecer las poblaciones locales el excedente se absorbió para equilibrar el superávit de entierros en Londres y permitirle así continuar creciendo rápidamente aunque las tasas de mortalidad de niños y jóvenes nacidos en Londres era mucho más altas que la de otros lugares de forma que estos niños sobrevivirían mucho menos en la edad adulta (Wrigley, 1992: 195).

Ya en el tercer cuarto del siglo XVII, fecundidad y mortalidad estaban en equilibrio. La tasa bruta de natalidad en el periodo 1651-1680 era de 28.8 por 1,000; la tasa bruta de mortalidad de

28.6 por mil. el promedio de 28.6 por mil. El promedio de vida para estos años era de 34. 8 años (Wrigley, 1992: 301) y en franco aumento ante el progreso de la ciencia aunado con la transición demográfica, traducida en el declive de la mortalidad y del incremento de la fecundidad, que paulatinamente descendería para encontrar cierto equilibrio demográfico.

Los vínculos con la Revolución Industrial son además importantes, aunque no deben ser considerados como el reemplazo de un orden por otro. Es cierto que muchos de los campesinos quedaron sin tierra pararon a formar parte – a menudo. , Sin otra posibilidad de elección- de la clase obrera de las nuevas ciudades industriales, con lo cual dieron continuidad a ese desplazamiento de trabajadores asalariados hacia las ciudades, que ya se había hecho evidente desde hace tiempo. Pero el crecimiento de la clase obrera industrial debe relacionarse también – y quizás principalmente- con el crecimiento de la población que fue en sí mismo impresionante y que aunque que estuvo primariamente vinculado con las tasas de nacimientos y muertos también estuvo influido al aumento agrícola (Williams, 2001: 223).

Las ciudades ante la Revolución Industrial cayeron en las manos de la tiranía de los instrumentos de la producción.. Las industrias fueron las dueñas y señoras del suelo urbano y suburbano. Se colocaban en el punto más conveniente y más fácil de encontrar para su servicio (Chueca, 2000: 70). Nos lo demuestra claramente las ciudades de las regiones huelleras donde la presencia de carbón, fija densas poblaciones de mineros, así como las industrias diversas que a su vez retiene una mano de obra importante (George, 1978: 34).

Esta mano de obra trabajaba en condiciones ambientales precarias que se traducían en el deterioro físico, el envejecimiento precoz, las enfermedades ocupacionales e invalidez por lesiones para los trabajadores. Este fenómeno se manifiesta de manera desigual entre obreros de sectores y ramas productivas según las condiciones técnicas de producción y el grado de organización de los trabajadores (Coplamar, 1983: 27). De igual manera el incremento frecuente de enfermedades respiratorias coincidió con el aumento de la contaminación local entre los hijos de los trabajadores semicalificados (Colley y Reid, 1970: 213-217).

Enormes masas de trabajadores rurales eran atraídos bruscamente s las grandes ciudades que se trasformaron en centros industriales; La estructura vieja de estas ciudades no corresponde ya a las condiciones de la gran industria nueva y el tráfico que esta de-

termina; se ensanchan las calles. En el mismo momento que los trabajadores afluyen a ella, se derriban en masa las viviendas para los trabajadores y para los artesanos y pequeños comerciantes (Engels, 1997: 1). Específicamente las calles están habitualmente sin pavimentar, formando pendientes, sucias, llenas de desechos vegetales y animales, sin cloacas, ni alcantarillado, charcos malolientes. Por otra parte la ventilación se ve dificultada por la caótica construcción de todo el barrio y dado que en un pequeño espacio viven muchos individuos (Engels, 1977: 97).

En general las viviendas de la clase más pobre son en general muy sucias; consiste en la mayoría de los casos, de una sola habitación que aun teniendo una pésima ventilación está muy fría debido a ventanas rotas o mal ajustadas a veces húmeda y frecuentemente por debajo del nivel de suelo, siempre mal amuebladas y por tanto nada acogedora de modo que un montón de paja sirve a menudo de cama a toda la familia: hombres y mujeres, jóvenes y viejos duermen juntos, en una promiscuidad repugnante. Confluyendo en un continuo flujo de penurias de medio de subsistencia, da lugar a enfermedades mortales; las privaciones debilitan de tal forma a sus víctimas, que en otras circunstancias habrían evolucionado favorablemente, causando graves enfermedades (Engels, 1977:97, 103).

En términos generales mas del 15% de los niños mueren antes de cumplir un año y en casi todas las familias mueren cuando menos uno de los hijos durante la el periodo de la revolución industrial. La enfermedad es cosa corriente abundan los parásitos intestinales y la energía escasea; pese a esto es punto menos que alcanzable la asistencia medica. La familia, que casi siempre incluye a los abuelos y otros parientes, es numerosa para vivir apiñada bajo un cobertizo, por lo general, de un solo cuarto, sin servicios sanitarios, agua potable o electricidad. Es cosa común que hayan tenido poca o nula instrucción, de manera que la mayoría es analfabeta (Murdoch, 1994: 25).

Sin embargo gracias a los adelantos hechos en los siglos XIX y XX, la gente alcanzo mayor longevidad, la mortalidad infantil disminuyo, menos niños sufrieron desnutrición, y mejores viviendas y educación se pusieron al alcance de la población.

2.2. La ciudad del presente

Sin duda alguna que el desarrollo de las ciudades y las formas urbanas es uno de los fenómenos que mejor caracterizan a nuestra

civilización contemporánea. Lo que sí resulta nuevo es la transformación verificada a lo largo del siglo pasado y en consecuencia de una población urbana (Chueca, 2000:186). Con todas las ciudades actuales son realmente obras de varias generaciones y se diferencian tanto por el crecimiento como por el aspecto urbano (Georges, 1978: 30) de tal forma que todos los aspectos más importantes del hábitat humano- los edificios, carreteras y centros de asociación – tienden a resultar espacialmente distribuidos de acuerdo con fuerzas que actúan en un área determinada, a un nivel de cultura determinado (Bassols y otros, 1988: 105).

Ciudades que se sumergen en las concepciones teóricas de áreas metropolitanas encargadas de la difusión de las actividades y funciones en el espacio y la interpretación de dichas actividades según su dinámica independiente de la contigüidad geográfica. Diferenciada por ser el lugar en que tienen lugar todo tipo de actividades básicas, ya sea de producción (incluida la agricultura) de consumo (en sentido amplio: reproducción de la fuerza de trabajo), de intercambio y gestión, algunas de estas actividades se encuentran concentradas geográficamente en uno o varios puntos (por ejemplo, la administración financieras o ciertas actividades industriales). Otras funciones, por el contrario, se reparten en el conjunto de la metrópoli con densidades variables (la habitación, los servicios de primera necesidad). La organización interna de la zona implica una interdependencia jerarquizada de las distintas actividades, así la industria agrupa fases técnicamente homogéneas o complementarias y separada (Castells, 1983: 28). En otros términos la zona metropolitana es definida como un núcleo de población grande adyacente junto que tiene un alto grado de integración social junto con es núcleo (Bourne, 1982), establecido por tres requisitos básicos:

1. Un tamaño mínimo de población.
2. Una magnitud de integración espacial
3. Un grado de carácter metropolitano.

Ante tal dinámica de la ciudad se conduce a una nueva forma espacial, la zona metropolitana, cuya última expresión es lo que hoy se ha llamado megalópolis dentro de una misma unidad funcional y social (Castells, 1983: 36).

La volatilidad de la ciudad y sus límites hablan del verdadero significado de nuestro tiempo, es ese formidable crecimiento de los grandes centros urbanos sobre la base de una transformación incongruente. Comienza por que en la ciudad se van acumulando una población constante de emigrantes que azarosamente se distribu-

yen en las franjas más miserables y abandonadas, invadiendo propiedades ajenas o zonas para las condiciones urbanas. Esto dio lugar a las llamadas bidouville de las ciudades francesas o argelinas, a las chambolas o chambolismo español, a las famosas favelas brasileñas, a los ranchos venezolanos (Chueca, 2000: 195) o los cinturones de miseria en México.

Hoy las grandes ciudades no garantizan la calidad de vida de toda la población a la vez que tampoco se constituido como un factor de desarrollo y de lucha en contra de la pobreza (Pírez, 2000: 6). Por lo tanto algunas ciudades se han convertido - particularmente las ciudades latinoamericanas- en continuas crisis de gobernabilidad, agudización de desigualdades sociales, aumento de índice de pobreza, más desempleo y empleo precario, nuevos regímenes de seguridad social en entredicho, y una tendencia hacia mayores índices de inseguridad violencia (Brand, 2000: 31). Su crecimiento prosigue tanto de forma horizontal como vertical en un claro proceso de urbanización complejo y de exclusión como lo fueron en sus orígenes; cargadas de pobreza y marginación con algunos matices de democracia. Por su parte el crecimiento demográfico continua, no al mismo ritmo pero generando un déficit en la de dotación de servicios para la población atenuado por considerables tasas de mortalidad infantil presentes en las zonas marginales de la periferia de la ciudad y ante la negativa de reconocer el hecho de que los procesos sociales son modulados por una multiplicidad de actores que deciden y actúan motivados por diversos valores, intereses y demandas (Mattos, 2000: 46) dentro de la misma metrópoli urbana contemporánea.

Por otra parte las ciudades de América Latina merecen ser consideradas a parte en cuanto al comportamiento de la mortalidad infantil en función a que han sufrido en fenómeno de la transición demográfica 100 años más tarde que las ciudades Europeas; así lo afirma el estudio realizado por la CELADE para América Latina (Guzmán, 1990) que propone una clasificación en cinco grupos, atendiendo a la magnitud del promedio de vida alcanzando al comienzo de la década de los años 60 y a la intensidad relativa del descenso de la mortalidad:

1. Países de baja Mortalidad en el periodo de 1960-1965, con descensos bajos hasta 1985: Argentina y Uruguay.
2. Países de moderadamente baja mortalidad en el primer periodo de estudio, con descensos relativamente importantes de 1965-1985: Costa Rica, Cuba, Panamá y Venezuela.

3. Países de Mortalidad moderadamente alta con descensos relativamente moderados: Brasil, Colombia, Ecuador, México y Paraguay.
4. Países de mortalidad alta (esperanza de vida en torno a los 50 años 1960-1965) con descensos relativamente moderados teniendo en cuenta su alta mortalidad: República Dominicana, Perú, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua.
5. Países de mortalidad muy alta (menos de 45 años de esperanza de vida) y descensos relativamente bajos: Bolivia y Haití.

Ahora bien, en términos generales la mortalidad tendió a disminuir (evidentemente) en los casos de Cuba y Costa Rica producto –en general– de una mejora en las economías latinoamericanas, en una mejor distribución del producto y un acceso más igualitario a todos los beneficios de la sociedad (mejoras importantes en la educación, seguridad social, nutrición infantil, etc.), para el periodo de 1965-1985.

El trabajo que confirma dichas aseveraciones y es retomado por otros muchos autores para el caso de América Latina es el realizado por Behm y Primate, (1978) donde demuestran no sólo la magnitud y el sentido de la desigualdad social ante la muerte en los diferentes grupos de población; si no también dan cuenta de su evolución y a exponer que deben ser consideradas en el marco de una visión más o menos general de algunos factores que inciden en la mortalidad de los pequeños.

Se ha considerado que la desigualdad ante la muerte ha sido señalada como uno de los reflejos de la desigualdad social, que se expresa por distintas condiciones de vida (condición de trabajo, alimentación, vivienda y saneamiento, hábitos de cuidado e higiene personal) y de forma importante, por las diferencias en el acceso al servicio médico y al producto de su desarrollo, encontrando la desigualdad social su raíz en la desigual distribución de la riqueza (Guzmán, 1990; Bronfman, 1983).

Por otra parte, con base en los datos de los censos y encuestas de los años 70 de un gran número de países del área, que en dos tercios de los países el riesgo de mortalidad de las áreas urbanas es de 30-60 por ciento. Esta diferencia se asocia según el autor al distinto grado de modernización y, en general, del desarrollo de los sectores urbano y rural en América Latina junto a las disparidades en el nivel de vida que ello ocasiona (Behm y Primate, 1978: 32).

En sí mismo el comportamiento de la mortalidad infantil en las ciudades de América latina es una manifestación palpable de las

enormes heterogeneidades dentro de los espacios urbanos que se han convertido en un sistema contemporáneo de exclusión para ciertos sectores de la población, apoyada por el metódico enriquecimiento de los acaudalados magnates, confirmando la idea de que las ciudades son las cunas de la desigualdad, pobreza y marginación presentes desde los tiempos de las primeras civilizaciones.

Aunque la mortalidad Infantil a disminuido considerablemente en términos generales en las ciudades. Sigue presente abundantemente en las zonas deprimidas y en el área rural recordándonos la importancia que tiene como un indicador del nivel de vida de la población de una ciudad en cualquier época.

Conclusiones

El origen de la ciudad es producto de la combinación de la existencia de un excedente alimentario, domesticación de los animales y del surgimiento del sedentarismo del hombre atributo resultante de la naciente Agricultura apuntalada por las necesidades de protección de las inclemencias del clima como del asedio de otros grupos humanos. La organización social se transformó en una serie de redes complejas, dando como resultado las clases sociales encaminadas por el poder y la producción precursoras de la especialización de los espacios de la ciudad primitiva que más tarde se constituirían en grandes urbes, floridas de comercio entre ellas.

La mayoría de las ciudades antiguas se disponían en lugares estratégicos para su defensa acompañadas de primitivas murallas que más tarde serían inexpugnables para los invasores, excepto Egipto por su situación geográfica. Particularmente estas ciudades se ubicaban alrededor de templos, santuarios, comercio, edificios de estado, concentradores de las bondades de los reyes.

La mortalidad Infantil y el nivel de vida de las ciudades antiguas hasta las ciudades medievales, era sumamente altas como consecuencia de un desarrollo económico concretamente dirigido hacia los reyes, faraones y emperadores -como a sus séquitos- desamparando a la mayoría de sus súbditos en marginación y pobreza; ocultos en las deficiencias sanitarias, de vivienda, alimentación, educación etc. La población más afectada por dichas atenuantes es la infantil por la fragilidad de su sistema inmunológico que lo hacía blanco fácil de las enfermedades comunes de estas épocas que impedían un promedio de vida considerable, aunque era contrarrestada por medio de una alta fecundidad que la superaba promoviendo

el crecimiento de la población. Desgraciadamente no se cuentan con trabajos específicos que determinen con precisión del comportamiento de la mortalidad infantil, por lo que se infiere de manera indirecta de acuerdo a los elementos que se le asocian.

La aparición de la revolución Industrial produjo e incentivo el crecimiento de las ciudades sin un orden específico promovido por las migraciones producto de la transferencia de la población del campo a la ciudad; masas de campesinos dejaron de sembrar y cosechar para formar parte del grueso del conglomerado obrero localizado alrededor de las industrias, viviendo en hacinamiento con largas jornadas de trabajo y anhelos de sobrevivir día a día; razonamiento quimérico dado que las condiciones de vida eran precarias y marginales en donde la insalubridad perduraba por las calles, viviendas y barrios. Los niños y los ancianos son los más propensos a estas condiciones permitiendo que la mortalidad Infantil fuera alta aunque tendería a disminuir por los nuevos descubrimientos tecnológicos y de salubridad que permitieron el inicio de la transición demográfica.

Hoy en día la ciudad del es un conglomerado de áreas metropolitanas, conurbaciones y megalópolis concentradoras de la riqueza económicamente –igualmente que en el pasado- en pequeños grupos, confirmando a la ciudad como un espacio de desigualdades y heterogeneidades rodeadas por los cinturones de miseria, bidouville, las chambolas o a las favelas brasileñas caracterizadas por ostentar viviendas sin los servicios básicas, además de presentar condiciones de hacinamiento; no existe la preocupación por la extensión de la educación ni la implantación del servicio de salud, provocando la afectación de los infantes constituyéndose su descenso como un indicador del nivel de la población de una ciudad, región o país; por ejemplo para el caso de las ciudades de América Latina el proceso de decremento de la mortalidad infantil fue más lento en virtud a que experimentaron la transición demográfica 100 años más tarde.

El comportamiento de la mortalidad infantil en el desarrollo histórico de la ciudad se resume en a dos claras etapas: la primera de ella se caracteriza por un alto índice de mortalidad infantil, distintivo de las primeras civilizaciones urbanas. La falta de dotación de servicios públicos, las condiciones de hacinamiento acentuado por la inexistencia de condiciones de sanidad permitieron que fuera común el predominio de enfermedades en las ciudades. Originando que se presentaran oleadas de pestes ocasionado a su vez un elevado número de defunciones infantiles, incrementándose en relación

con la pobreza y marginación existentes provocadas por la centralidad del desarrollo económico ejercido por las clases sociales reinantes. La segunda etapa marca el descenso no solo de la mortalidad infantil por un lado sino, por el otro, el sostenimiento de altos niveles de fecundidad que permitieron el incremento rápido de la población en las ciudades y por las constantes inmigraciones del campo a la ciudad auxiliados estos factores a los avances aportados por la revolución industrial que permitieron elevar el nivel de vida de la población. Sin embargo las ciudades de la actualidad se convirtieron en espacios urbanos de notorias desiguales ante las muertes. Tales afirmaciones se pueden observar claramente en las ciudades latinoamericanas.

Bibliografía

- Ansley y Coale, 1974: "The history of de the human population", *Scientific American, United Nations*, Department of de economic and social affair, world population prospects as Assesed in 1973 (CS/ESA/SER. A760).
- Bassols y otros, 1988: *Antología de Sociología Urbana*, México: UNAM.
- Behm , H. Y Primante, D, 1978: "Mortalidad en los primeros años de vida en América Latina", *Notas de Población* 23-44, Costa Rica, año VI, núm. 1038, CELADE.
- Bourne, L. S, 1982: *Estructura Interna de la Ciudad*, USA: Oxford University Press.
- Bowra, 1967: "Las grandes épocas de la humanidad", *La Grecia Clásica*, Nederland: Time Life Internacional.
- Brand, Peter, 2000: "Formación profesional y compromiso investigativo. Dimensiones de un dilema", *Ciudades* 45, enero-marzo, de RNIU, Puebla.
- Bronfman M. Y Tuirán R, 1983: "Las desigualdades sociales ante la muerte: clases sociales y mortalidad en la niñez" en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México.
- Castells, 1983: *La cuestión urbana*, México: Siglo XXI Editores.
- Casson, Lionel, 1971: "Las grandes épocas de la humanidad", *Egipto Antigua*, Nederland, Time Life International,
- CELADE, 1984: *La mortalidad infantil en Honduras*, Santiago, Chile (borrador).
- Colley y Reid, 1970: Urban and social origins od chidhood brochitis in England and wales, *Britis Medical Jounal*, Vol 2.
- Coplamar: 1983: *Necesidades Esenciales en México, Salud*, México: Siglo XXI Editores.

- Chide: 1950: *La Revolución Urbana*, USA, Town Planning Review, Abril.
- Chueca G, F, 2000: *Breve Historia del Urbanismo*, España: Alianza Editores.
- De Mattos, Carlos, 2000: "Evolución de las teorías del crecimiento y crisis de la enseñanza en planificación urbano-regional", *Quivera*. 3, UAEM, marzo.
- Engels, 1977: *El Problema de la Vivienda y las Grandes Ciudades*, Barcelona: Gustavo Gili
- Fremantle, Anne, 1971: "Las grandes épocas de la humanidad", *La Edad de la Fe*, Nederland: Time Life Internacional.
- Friedmann, John, 1996: "Revisión del núcleo curricular en planeación", *Ciudades* 29, enero-marzo, RNIU.
- George, Pierre, 1974: *Geografía Urbana.*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Germani, Gino, 1980: *El Concepto de Marginalidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guzmán, M, J, 1990: *Mortalidad Infantil y Diferenciación Socio Geográfica en América Latina 1960-1980*, México: Colegio de México.
- Hadas, Moses, 1967: "Las grandes épocas de la humanidad", *La Roma Imperial*, Nederland: Time Life International,
- Ianní, Octavio, 1996: "Metáforas de la globalización" en *Teorías de la Globalización*, México, Siglo XXI Editores, UNAM.
- Johnson, J, 1974: *Geografía Urbana*, Barcelona, de Editorial Ariel.
- Kramer, N. Samuel, 1970: "Las grandes épocas de la humanidad", *La Cuna de la Civilización*, Nederland: Time Life International,
- Lavase, 1966: *La Organización del Espacio*, París: Herman.
- Lezama, José, Luis, 1993: *Teoría social, Espacio y Ciudad*, México, El Colegio de México.
- Munford, Lewis, 1978: *La Ciudad en la Historia*, México: de Biblioteca de Planeamiento y Vivienda, Volumen 8, Tomo 1.
- Murdoch, 1984: "La economía política del hambre y de la población" en *La Pobreza de las Naciones*, México: FCE.
- Pirenne, Henry, 1925: *Medieval Cities*, England: Princenton Univerity Press.
- Pírez, Pedro, 2000: "¿Que formación de postgrado para el gobierno y gestión de las ciudades de América Latina?", *Ciudades* 45, enero-marzo, RNIU, Puebla.
- Polesse, Mario, 1998: *Economía Urbana y Regional. Introducción a la relación entre territorio*, Costa Rica: Libro Universitario Regional.
- Richarson, H, W, 1978: *Economía Regional y Urbana*, Madrid: Alianza Editorial.
- Rodríguez, Hernández, 1994: "Evolución del nivel de vida y satisfacción de Necesidades básicas del Estado de México en la década de los

Alejandro Díaz García

ochentas” en *Condiciones de vida del Estado de México*, Colegio Mexiquense: México.

Williams, Raymon , 2001: *El Campo y la Ciudad*, Argentina: Páidos.

Wrigley, 1992: “La transformación de la sociedad tradicional” en *Gentes, Ciudades y Riqueza*, Barcelona: Crítica.